

Raúl LÓPEZ ROMO, María LOSADA URIGÜEN y Carlos CARNICERO HERREROS

Rojo esperanza. Los socialistas vascos contra el franquismo,
Vitoria, Ikusager y Mario Onaindia Fundazioa, 2013, 289 p.

En 2009 la Fundación Pablo Iglesias publicó la tesis doctoral del historiador italiano Andrea Miccichè, titulada *Euskadi socialista. El PSE-PSOE y la Transición en el País Vasco (1976-1980)*. Dicha obra no solo trataba de cubrir una más que evidente laguna en nuestro pasado reciente, dada la escasa atención que los investigadores vascos habían prestado hasta entonces al proceso de democratización, sino que también suponía un intento de comenzar a reparar el crónico desequilibrio que padece la historia política reciente de Euskadi: la sobreabundancia de estudios sobre el nacionalismo vasco frente al alarmante déficit de aquellos referidos a las derechas y a las izquierdas vascas.

Euskadi socialista podía haber sido solo una estrella fugaz, pero resultó una obra pionera. Efectivamente, justo cuatro años después, en 2013, han visto la luz tres importantes novedades editoriales que siguen esa misma dirección: *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía*, obra colectiva coordinada por José Luis de la Granja, *El sindicalismo socialista en Euskadi (1947-1985)* de Manuela Aroca Mohedano, ambas publicadas por Biblioteca Nueva, y *Rojo esperanza. Los socialistas vascos contra el franquismo*, escrita por Raúl López Romo, María Losada y Carlos Carnicero. La colaboración entre la universidad (o los historiadores allí forjados) y las instituciones privadas es a veces muy fructífera y este es un buen ejemplo de ello. El primer libro ha sido promovido por las Fundaciones Ramón Rubial, Juan de los Toyos e Indalecio Prieto, el segundo por la Fundación Francisco Largo Caballero y el tercero por la Mario Onaindia Fundazioa. Todos estos títulos tratan sobre el pasado del socialismo, la rama principal de la izquierda vasca durante el siglo XX, viniendo, por tanto, a corregir parcialmente el ya citado desequilibrio historiográfico. Son, en ese sentido, una magnífica noticia, aunque no hay que pasar por alto que las derechas vascas siguen todavía olvidadas.

En la presente recensión me centro en *Rojo esperanza*, obra publicada por la editorial vitoriana Ikusager en su colección «Memoria de Libertad». Estamos ante el resultado final de un ambicioso proyecto de investigación de la Mario Onaindia Fundazioa, que ha contado con la financiación del Ministerio de Presidencia, el Gobierno vasco, las Diputaciones de Álava y Guipúzcoa y la Fundación Sancho el Sabio (Caja Vital). Coordinado por José Antonio Pérez, especialista en la historia del movimiento obrero en el País Vasco, el equipo de trabajo ha estado compuesto por tres autores tan jóvenes como solventes (el aval de sus trabajos anteriores así lo demuestra), que forman parte destacada de la última generación de historiadores vascos, la nacida durante la Transición: Raúl López Romo (1982), María Losada (1980) y Carlos Carnicero (1979).

El proyecto está cimentado en la historia oral y, de esta manera, los investigadores han realizado 37 entrevistas a veteranos socialistas (dirigentes, militantes y simpatizantes; hombres y mujeres; autóctonos e inmigrantes) de distintos partidos y organizaciones, a las que hay que sumar una veintena de testimonios que han consultado en los archivos de la Fundación Francisco Largo Caballero y el Fondo de Fuentes Orales Dispersas del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda. El uso de las microbiografías o historias de vida ha permitido a los autores ir mucho más allá de una de una historia política al uso, planteamiento del que huyen conscientemente, consistiendo la obra esencialmente en un acercamiento al socialismo vasco desde la perspectiva sociocultural. Esto es, en sus páginas se tratan asuntos como la conflictividad laboral, la transmisión intergeneracional de las ideas, los espacios

de sociabilidad, la importancia de la educación o conmemoraciones como los entierros civiles. Por poner un ejemplo entre otros muchos de cómo pervive la cultura política en una coyuntura sumamente adversa, una informante señalaba que, en la inmediata posguerra, su familia celebraba el 1º de mayo en la intimidad del hogar: comiendo pasteles y cantando *La Internacional*. Ese tipo de revelaciones difícilmente aparecería en la documentación de archivo, aunque lo cierto es que López, Losada y Carnicero también han recorrido más de una decena de centros y hemerotecas. En este trabajo, en otro orden de cosas, tampoco se descuidan ni el contexto general ni la intrahistoria de las organizaciones socialistas, aunque quizá se echa de menos cierta dosis de historia política de corte más tradicional.

El análisis se centra, como no podía ser de otra forma, en la corriente que protagonizó el espacio socialista tanto antes de la Guerra Civil como tras el restablecimiento de la democracia parlamentaria, esto es, la encarnada por el PSOE, UGT y las Juventudes Socialistas, exponiendo las significativas continuidades que se produjeron a escala local, por no hablar de las sagas de destacados activistas como los Redondo, los López o los Toyos. De diversas maneras (en el ámbito vecinal, social, laboral o familiar, y aquí las fuentes orales utilizadas en *Rojo esperanza* arrojan una significativa luz), la lealtad tradicional de las zonas obreras (Margen izquierda de la Ría de Bilbao, Eibar, etc.) sobrevivió a la contienda, la represión franquista y la clandestinidad. Y no solo eso, sino que el PSOE y la UGT (tanto monta, monta tanto) tuvieron allí una actividad destacada, siendo el ejemplo paradigmático la Sociedad Española de Construcción Naval, conocida como «La Naval», de Sestao. Solo así se explican dos fenómenos: en primer lugar, que el socialismo vasco tuviese un peso específico tan grande en el conjunto del socialismo español, al que aportó algunos de sus más destacados dirigentes (Antonio Amat, Ramón Rubial, Nicolás Redondo Urbieto, Txiki Benegas y Enrique Múgica); y, en segundo lugar, el éxito de las candidaturas socialistas en las elecciones generales de 1977: el PSE fue el partido más votado en el conjunto de Euskadi y Navarra y el segundo en el País Vasco, razón por la que en 1978 Rubial fue elegido presidente (o *lehendakari*) del Consejo General Vasco, el órgano preautonómico.

Pero *Rojo esperanza*, lejos de conformarse con rastrear los años oscuros de las ramas vascas del PSOE y UGT, también examina las rupturas, es decir, las nuevas organizaciones creadas *ex novo* durante la propia dictadura, como USO, Unión Sindical Obrera, procedente de los cristianos de base y matriz de la que surgió el efímero *Eusko Sozialistak* (Socialistas Vascos), o el FLP, Frente de Liberación Popular, cuya rama vasca adoptó la denominación de ESBA, *Euskadiko Sozialisten Batasuna* (Unidad de los Socialistas de Euskadi). Evidentemente, se trató de un sector que, en cierto modo, pretendía suplantar al socialismo tradicional, el mismo propósito que inspiró a fuerzas *abertzales* como la heterodoxa ESEI o la radical ESB. Unos y otros, así como el PSOE Histórico y el PSP de Enrique Tierno Galván, fracasaron en su empeño.

Por descontado, la obra también rastrea los problemáticos y a veces ambiguos vínculos que durante los cuarenta años de dictadura mantuvo el socialismo vasco con el nacionalismo vasco en general y con su rama más extremista en particular. En ese sentido, destaca por su lucidez y profundidad el examen que los autores realizan sobre la influencia ejercida por ETA, la organización terrorista que ha condicionado la historia del País Vasco desde 1968. Así, se analiza la tentación por las armas en la que cayeron ciertos militantes y líderes (como el propio Amat) de manera individual, el silencio ante algunos atentados de la banda o las movilizaciones en apoyo a los presos etarras, vistos como «compañeros de viaje». Pero también se explica por qué el PSOE en su conjunto, a pesar de haber sufrido las durísimas represalias del régimen franquista, optó por luchar por vías

puramente políticas (o sindicales, caso de la UGT). Resaltando los caminos divergentes que, pese a sus coincidencias generacionales, tomaron los socialistas y los etarras, en *Rojo esperanza* se subraya que «los sujetos y sus decisiones importan en la historia, no solo los condicionamientos contextuales» (p. 198). Que unos optaran por una estrategia pacífica y otros por el terrorismo no fue cosa del destino ni de un supuesto conflicto secular, sino de elecciones personales que, irremediabilmente, acabaron afectando a toda la sociedad.

La estrategia posibilista y gradualista del socialismo vasco, por cierto, coincidió con su evolución ideológica hacia la socialdemocracia o, dicho de otra manera, con el paulatino abandono de los dogmas del izquierdismo para asumir la democracia parlamentaria como medio y fin en sí mismo.

Rojo esperanza, que cuenta con una cuidadosa selección de fotografías, se nos presenta como una obra seria, honesta y rigurosa. Es, además, interesante y está bien narrada, ya que su objetivo expreso es la divulgación, objetivo que sus autores han cumplido con creces. Es, por consiguiente, un aporte historiográfico muy valioso que nos va a ayudar a completar nuestro conocimiento sobre la etapa franquista, ya que aporta uno de los varios puntos de vista que nos faltaban. No agota la historia del socialismo vasco, ni lo pretende, sino que, al igual que *Euskadi socialista* en su momento, abre nuevos caminos, nuevas líneas de investigación. Esperemos, por tanto, que este magnífico trabajo sea promesa de otros venideros que profundicen en dicha temática.

Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
IES Marqués de Manzanedo (Santoña)



José Ignacio CRUZ

Prietas las filas. Las Falanges Juveniles de Franco
Valencia, PUV, 2013, 148 p.

La politización de la juventud y el rejuvenecimiento de la política europea fueron dos procesos complementarios pero evidentes tras la Primera Guerra Mundial. En el contexto de la crisis del liberalismo clásico, que nunca desplegó una política juvenil tutelada por el Estado y dejó estos asuntos en manos de organizaciones privadas, la proliferación de actitudes autoritarias, unida al inconformismo y a la proclividad unitarista de la juventud, condujeron a la paulatina radicalización de las formaciones juveniles, que forjaron sus propios instrumentos de movilización política. Las dictaduras del periodo de entreguerras (sobre todo las identificadas en diversa medida con el fascismo y el comunismo) marcaron el ápice de la intervención estatal en los asuntos juveniles, pasando de las preocupaciones tradicionales de su adaptación o paso a la edad adulta (educación, conscripción, capacitación profesional o represión de la marginalidad) al fomento de otras actividades (religiosas, benéficas, políticas, lúdicas, paramilitares...) que eran propias de un Estado con voluntad intervencionista. Se estableció una estructura organizativa y una reglamentación *ad hoc*, que, con el argumento de proteger y dinamizar a la juventud, recortó su independencia a través de tribunales tutelares, servicios de ocupación y bienestar, escuelas, entidades de encuadramiento, etc. Un proceso de control paternalista que alcanzaría su máxima